

TOMO V.—NÚM. 10.

EDICION ILUSTRADA.

AÑO IV.—NÚM. 215.

ANUNCIOS: á precios convencionales
Número suelto, un real.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.
Administracion, Lepanto 18.
ORENSE —VIERNES 15 DE JUNIO DE 1877.

SUSCRICION: 5 pesetas trimestre
en toda España.

SUMARIO.—Estudios sobre el Sol, (cartas á una mujer), por José Rodríguez Mourelto.—San Martin de Chorio, por Jacobo Araujo.—Las ciencias protegidas, por M. Carril y Campero.—¿Pobre Elvira? (poesia), por A. Quereizaeta.—Risa y llanto, (poesia), por Emilia Calé Torres de Qufatero.—Grabado, Castillo d' a Pena.—Anuncios.

ESTUDIOS SOBRE EL SOL.

CARTAS Á UNA MUJER.
(Continuacion.)

Adelantamos aun mas en el terreno sobre que caminamos para llevar á tu ánimo la idea de lo que la luz del Sol es segun la ciencia moderna.

Considera la grandiosidad de las transformaciones de la masa solar, tal como en otra carta te las indicaba, ten presente que aquellas masas inmensas que se precipitan en medio de los extraños abismos que aquí y allá presenta la superficie del Sol, que aquella lava vomitada por infinitos cráteres de enorme profundidad y arrojada por misteriosas fuerzas á prodigiosas alturas, se

presenta á nuestro espíritu como la ondulacion del éter, en el que se envuelve la Tierra como en impalpable gasa y el oleage de la sustancia sutil por excelencia, ese vaiven de sus moléculas que vibran á un mismo compás y con igual cadencia, es como la sonrisa de la Naturaleza, es la luz que embellece el mundo.

¿Ves como se riza la superficie del mar á impulso de blanda brisa cuando un suave céfiro mece la vela de la débil lancua que surca las ondas? ¿Que hermoso es entonces el mar! ¡como sonrie aquella extension inmensa de agua cuyos límites se confunden allá en el horizonte con el cielo azul!; pues de la misma manera se agita el éter en suavísima ondulacion rizando su superficie colores mil, radiaciones infinitas que repartiéndose por toda la Naturaleza, ora dan á la atmósfera esa tinta azul de sublime encanto, ora tiñen las nubes de opalo y grana y tan pronto las agolpan for-

mandó apiñados castillos de irregulares formas, que presentan variados colores, como las deshacen y fraccionan repartiéndose por la bóveda azul cual grandes copos de nieve, para volver á aglomerarse bajo otra forma muy diversa y presentar todas las fantásticas figuras que la imaginación puede inventar, y á esa vibración del éter, esa música del Sol, destila de sus destellos una hebra de oro, que penetrando á través de los vidrios del santuario, comunica á la casa de Dios un tinte de místico recogimiento, como si en aquel rayo fuese algo del espíritu del Ser Supremo que nos revelare sus grandezas, ya se dá con los matices del iris que, sobre un cielo plomizo, suele presentarse casi siempre formando un precioso contraste sus vivos colores con la oscuridad del fondo en que se destacan. Todo esto es la luz, todo esto es ese oleaje incesante del éter, que propagándose en todas direcciones, dá color y vida á las plantas, infunde aliento á la Naturaleza, sostiene sus leyes y preside sus fenómenos. Por eso, cuando te recrees en la contemplación de las bellezas del Universo, cuando admires á la flor meciéndose sobre su tallo, mirando al Sol y exhalando su perfume, como me miras tú siempre derramando en mi alma el perfume de tu amor, cuando contemples el admirable paisaje matizado de colores mil, cuando te entretengas en ver correr de flor en flor á la delicada mariposa ó en el crudo invierno admires la blancura de un copo de nieve; acuérdate que de la luz depende todo esto y que, como Tyndall dice, es imposible estudiar á fondo un copo de nieve sin llegar paso á paso hasta la constitución del Sol y lo mismo sucede en la Naturaleza toda: el estudio de cualquiera de sus fenómenos lleva realmente en sí el de todos los demás, se sigue así una cadena inmensa que empieza en el hecho mas sencillo y concluye en el fenómeno mas grandioso. El simple hecho de la atracción ha llevado á Newton hasta la concepción del sistema del mundo.

Considerada bajo otro aspecto es mayor todavía la importancia de la luz del Sol.

Yo quiero apartarme de su acción sobre las plantas y del papel que desempeña en su desarrollo y nutrición, no quiero tampoco examinar la infinita variedad de fenómenos luminosos, tan solo hacerme una pregunta ¿qué fuera la Tierra, qué fuera el mundo sin Sol, sin luz? Las densas tinieblas de la mas oscura noche nos envolverían por todas partes y tan negro manto ni nos permitiría ver los colores, ni esas otras infinitas maravillas que realiza la luz y que le hacen ser el prodigio mas grande del Universo.

Mas si has de formarte una idea mas clara de lo que el mundo fuera sin la luz, figúrate por un instante que el Sol se extingue y su luz se apaga, todos esos movimientos que comunica al éter y que ésta transmite, se destruyen produciendo la fria calma de un indiferente equilibrio. ¿Qué vida tan pobre arrastraría entonces nuestro planeta, si vida puede llamarse al predominio de las tinieblas! ¿Qué fueran entonces las divinas tintas de la aurora, ni aquel magestuoso elevarse del Sol hasta el zénit, derramando á torrentes su vida y haciendo ostentación del lujo de bellezas con que se halla adornado? ¿qué sería de los rosados matices que esmaltan las corolas de algunas flores, la blancura de los pétalos de otras y el verdor de los campos, en los que millares de árboles mecen sus hojas y las dirigen constantemente hácia el Sol, como para rendirle homenaje y acción de gracias por la vida que en su luz les dá? ¿y qué serían también los armoniosos cantos de las inocentes aves ni los colores de su plumaje delicado? Nada, porque sin luz ninguna de estas bellezas existiría; no habría aurora ni crepúsculo, pues condenados á perpétua noche jamás veríamos el Sol, las flores, los campos y los árboles no existirían tampoco, porque la vegetación sin luz es imposible, puesto que las funciones de un vegetal no pueden verificarse sin el concurso de la luz del Sol; los pájaros enmudecerían y no ostentarían las galas de su plumaje porque ni tendrían Sol á quien dedicar sus trinos, ni luz que brillase en sus hermosas plumas. Y en medio de esta profunda no-

che, ¿qué fuera de los sentimientos que el corazón del hombre abriga? caso de existir, como no podría comunicarse con sus semejantes, morirían al nacer, esos pensamientos, esas sensaciones y sentimientos que forman los dulces encantos de la vida humana.

Ni el amor, lazo sublime que enlaza nuestras almas y que nace de la Naturaleza misma, porque además de ser su ley universal, del amor es hija la Naturaleza, existiría tampoco sin luz; considera cuán triste sería en este caso la situación del hombre privado del cariño de sus semejantes, sin dar cabida en su alma al dulce sentimiento que todo hace parecer sonriente y dichoso, y que nos lleva hácia el camino de la perfección.

Sin la luz del Sol el mundo fuera para el hombre, no como realmente es un lugar en donde se prepara para conocer la perfección, sino un destierro tenebroso, más oscuro y negro que aquellas espesas nubes que cubren el cielo en una noche de horrible tormenta.

La luz es la dulce sonrisa del Sol que en cada uno de sus pliegues nos dá el destello de los poéticos encantos de sus bellezas, como en una sonrisa de tus puros labios vienen á mi alma mil encantos de amor; la luz es una onda misteriosa que rompiendo la bóveda azul penetra hasta la superficie de la Tierra para dar vida á sus seres, la luz es todo esto y más aun. Cuanto intentare decirte habría de borrarle, porque la luz es cuanto pueda decirte y después de cuantas imágenes y cuantas comparaciones pudiera hacer, después de todo, aun estaría la luz del Sol.

Quien pudiera rasgar el aire, atravesar por entre planetas y éter y llegar hasta el Sol para contemplar de cerca y apreciar en toda su intensidad, la magnífica grandeza, el incomparable portento de su luz! Al pobre habitante de este viejo globo, que no puede lanzarse en peregrinación hasta el astro en donde residen la actividad y la vida del mundo, solo le es dado conjeturar sobre la intensidad de la luz del Sol,

haciendo comparaciones, más ó menos exactas, hasta llegar á formar una idea, lo más perfecta posible, del valor de la luz solar respecto á los focos de luz que en la Tierra podemos tener.

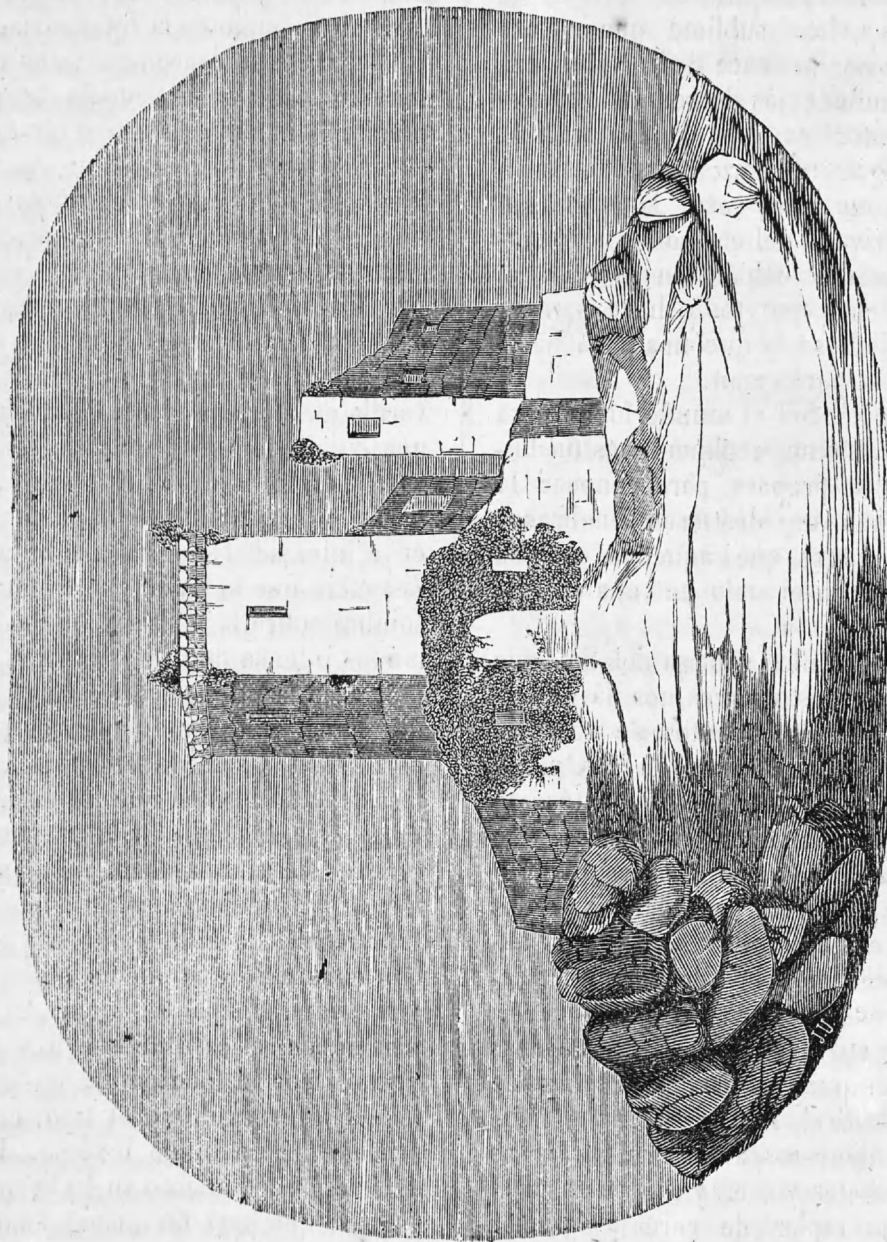
La comparación de los poderes luminosos de los diversos focos de luz, constituye el principio de la fotometría. Rumford y Wheatstone idearon aparatos á cual más sencillo para hallar con la aproximación precisa la medida de que se trata; fúndase el procedimiento general en tomar un foco luminoso como tipo y comparar la intensidad de otros focos con el primitivo que sirve de punto de partida.

Rumford, por ejemplo, empleaba una pantalla de vidrio deslustrado y delante de ella colocaba un cuerpo opaco, que era una varilla metálica, á cierta distancia colocaba una bujía que proyectaba la sombra de la varilla en la pantalla, éste era el punto de partida; ponía luego el foco luminoso, cuya intensidad quería medir á la misma distancia que la bujía y proyectaba nueva sombra sobre la pantalla que sería más ó menos intensa que la primitiva; en el primer caso la intensidad del foco es mayor que la del tipo y menor en el segundo, si esta segunda sombra era más intensa, se iba alejando el foco que se ensayaba hasta tanto que su sombra y la que nos sirve de término de comparación tengan sensiblemente la misma intensidad, medida la distancia del foco á la pantalla y comparada con el espacio que media entre la misma y la primera bujía se tiene la intensidad pedida, en el caso de que la sombra proyectada por el foco que se ensaya fuese de menor intensidad que el tipo, entonces se procede de un modo inverso. Por medio de este procedimiento se ha llegado á comprobar, que para un mismo foco la intensidad luminosa, está en razón inversa del cuadrado de la distancia.

El análisis fotométrico aplicado á la luz del Sol, ha dado la medida de su intensidad con bastante aproximación: hé aquí los números obtenidos. Bouguer en 1725, encontró que el Sol á 51 grados

sobre el horizonte, en un cielo claro, brilla con una intensidad igual á la de 14,664 bujías á 45 centímetros de distancia ó como 62,177 á un metro. Segun la ley de la disminucion con el cuadrado de la

distancia resulta, segun Bouguer, que en el zénit, el Sol brilla con una intensidad igual á 75.200 veces la de una bujía. Wollaston en Mayo y Junio de 1799 llegó, tomando el término medio de 12 es-



CASTILLO D' A PENA.

perimentos, á los mismos resultados.

Mas tarde Bequerd estableció comparaciones entre la luz solar y las luces Drumond, de magnesio y eléctrica y halló que, empleando para producir esta última

unos 100 pares de ácido nítrico, la luz solar era tan solo 75 veces superior á la del arco voltaico á un metro.

Fiscan y Foncault llegaron á obtener, empleando tres series de 46 pares de Bun-

sen cada una, la luz eléctrica tan intensa que la solar era tan solo dos veces y media mayor.

Esto en cuanto á la intensidad relativa ó poder iluminatriz del Sol; pues el brillo intrínseco del gran astro viene á ser comparado con el de una bujía 186.400 veces mayor.

El Sol es por lo tanto la luz mas poderosa del mundo; parécese á un coloral brillante cuyos destellos son vida para la Naturaleza y que, al iluminar tu encantadora figura, adquieren, sobre todo en tus ojos, un encanto mayor del que tienen que traer á mi alma una luz todavía mas pura.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

(Continuará)

EL SAN MARTIN DE CHORIO.

¿Qué cosa más amena que el estudio de la historia? ¿Qué mas útil y ventajoso entretenimiento que el de lanzarse con arrogancia á la investigacion de lo desconocido arrancando al tiempo y á las edades el mudo lenguaje de sus misterios, y desentrañar de sus tumbas sus venerandas y gloriosas tradiciones? En efecto: ligada estrechamente nuestra existencia al eje tan inconcebible como admirable trilogio en que el tiempo determina su presente, su pasado, su porvenir, nada mas justo, y á la vez forzoso é inevitable que, circunscribiéndonos á sus fatales prescripciones, buscar dentro de ellas el órden relativo de sus secretas armonias, y el íntimo enlace de sus términos y afinidades. Solo asi puede el hombre perfeccionar su existencia, y remontando su vuelo en alas de lo bello, de lo ideal, y de lo infinito alcanzar al último cielo en donde el astro refulgente de su vida típica de esa vida de gloria de imaginacion y de sentimiento brilla con todos sus destellos al través de inmensos y dilatados horizontes. Homero en su *Odisea* llama rústicos y estúpidos (*agrestes et Stolidi*) á los que desprecian el estudio de la historia, y Ciceron añade que igno-

rar lo que há pasado antes de nosotros es ser siempre niños (*Semper est se pueri*).

Galicia, pues, esta ilustre matrona que empuñando en una mano la espada del guerrero y con la otra ciñendo su frente con la aureola del mártir, inflamó cual otra Cornelia el ánimo de sus hijos, enseñándoles á morir como héroes antes de sucumbir como ilotas uncidas al carro triunfal de las aguerridas legiones de Augusto; Galicia que á las órdenes de Viriato y de Sertorio humillo mil veces el soberbio pendon de las águilas romanas, y otras tantas rechazó de su suelo inmaculado la planta inmunda de tantos pueblos bárbaros que se disputaron su dominio; Galicia, esa patria del arte, del genio y de la inspiracion, en donde Lucas de Tuy trazó los primeros rasgos de sus gloriosas é inmortales efemérides; y Paulo Orosio, los primeros cánticos de su grande epopeya religiosa; y Florez y Sarmiento dieron á luz el primer catálogo de sus dispersos cronicones y de sus leyendas; y el sabio Reijóo, ha realizado el atrevido pensamiento de disputar á Cervantes una parte de su gloria y á Lucano y Juvenal la gracia de su sátira y de su intencion; Galicia, en fin, que entre la pléyade dilatada de sus hombres eminentes cuenta á los Monjes y Moures, á los Castros y Sotomayor, á los Nodales y Charinos, no cede á ningun otro pais en la nobleza de su heráldica y en la brillantez de su historia; y si hubo un tiempo en que ella no ha tenido mas que bardos y trovadores dedicados á ensalzar el ardor bélico de aquellos cántabros tan temidos por los cartagineses y romanos, hoy afortunadamente tampoco faltan poetas é historiadores que, rindiendo el debido culto á la lucha pacífica de las ideas y pulsando la inspirada lira de su épica y de su lirismo, procuran enaltecer y realzar un pais que tantas glorias encierra, y tantas bellezas acumula dentro de su privilegiado suelo en donde Dios y el hombre, la naturaleza y la reacion, parecen haber establecido un mútuo é indestructible consorcio.

Condensado ya nuestro pensamiento en este breve exordio, á él vamos á circunscribir el artículo que le epiloga, y cuyo lema es el *San Martín* que nos sirve de epigrafe, siquiera sea pobre é incorrecto como es nuestra pluma, árido é infecundo como lo es la idea que lo inspira.

Pocos habrá de entre nuestros paisanos que desconozcan la ciudad histórica de Betanzos; pocos que no hayan visitado esa antiquísima necrópolis del remoto patriarcado de nuestra nacionalidad en donde las cenizas de Fernan Perez ó *Ró*, Lope de Velouzas y otros personajes distinguidos, duermen ese sueño profundo que precede á la vida de la inmortalidad; y pocos, en fin, que no tengan alguna noción de lo que ha sido en los tiempos casi fabulosos ó prehistóricos, la ex-corte del famoso Brigo en donde los celtas y los fenicios dejaron importantes é imperecederos recuerdos. Pues bien: esta ciudad, esta necrópolis, este vetusto monumento de nuestro génesis primitivo es el que dá nombre á un valle inmenso conocido por las *marinas*, valle sin rival en que la naturaleza desplegó todas las galas de su omnipotencia para convertirle en un florido y pintoresco *eden* en donde la vida humana multiplica sus goces y sus encantos á medida que aquel descorriendo el velo de su prodigiosa fecundidad, le embriaga y seduce con la riqueza de sus paisajes, con la variedad de sus flores, y con el asfixiante aroma que vierten sus auras.

Ahora bien: partiendo de la ciudad antedicha, y siguiendo las pintorescas márgenes del río Mandeo, se encuentra situado á dos leguas de la misma un templo cuyo origen corresponde á la remota época del Renacimiento, el cual aunque renovado casi en su totalidad, conserva algunos vestigios del tiempo de su fundación, siendo entre ellos el mas notable una modesta lápida incrustada en una de sus paredes laterales con una inscripción latina que por lo rústico é incorrecto de sus caracteres, así como por sus crasos vicios gramaticales, ha constituido hasta hace

poco tiempo, un enigma para los filólogos y anticuarios.

Este templo, esta iglesia que por razón de su aislamiento, bien puede llamarse ermita, es la del *San Martín de Chorio* ya citado, sirviéndole como de basamento un corto número de sarcófagos diseminados en su derredor, cuya informe estructura parece buscar su origen entre los dólmenes célticos ó tumbas egipcias.

JACOBO ARAUJO.

(Se concluirá).

LAS CIENCIAS PROTEGIDAS.

I.

INTRODUCCION.

Las ventajas que traen las ciencias á los pueblos son sentidas, pero no conocidas por todas las personas; sus bienes se tocan, pero no se aprecian; se discuten, pero no se consideran; se suponen, pero no se procuran. El origen de este mal, gérmen de innumerables daños que reciben los hombres de todos los pueblos de la tierra, está, sin duda, en que la mayoría de éstos entre nosotros, son, en el santuario de la ciencia como en el santuario de la religion, *indiferentes*. De aquí resulta que vivan á ciegas sobre la tierra, y que sean como unas víctimas voluntarias, que se inmolan en el altar del egoismo.

Infinitos son los bienes que derrama la ciencia en la sociedad civil, como se reconoce, sin necesidad de argumentos y erudiciones, por el simple sentido comun; el cual en nuestros dias parece que está dormido. No hay cosa tan terrible en el hombre como la tristeza, la cual afirma un insigne escritor francés, que causa mayores daños, que todas cuantas enfermedades disminuyen la poblacion. Pues bien; la ciencia nos regocija, nos alegra, nos proporciona mil comodidades, nos suministra mil lícitos placeres, alejando de nosotros el pesar y la muerte. Esto solo basta para encomiar la importancia de las ciencias, y, en su consecuencia de protegerlas y difundirlas entre todos los hombres y por todos los pueblos. En aquella grata soledad del estudio en la que el individuo no tiene otros amigos y compañeros que los libros, objetos de su amor, es donde se deslizan las horas alegres y tranquilas, es donde se encuentra el hombre como hombre, es donde se desenvuelve una vida en realidad de ver-

dad racional. El gabinete de estudio constituye para el *sábio* un mundo distinto de este otro mundo, en el cual no existen falsos amigos, ni miserables intrigas, ni impetuosas pasiones, ni manifiestos enemigos, ni encubiertos rivales, ni desengaños tristes, ni virtudes sin premio, ni vicios sin castigo. Arquímedes en ese mundo de su gabinete no siente el sitio y la toma de la ciudad en que reside: Leibnitz destruye lastimosamente su salud, estando muchos días sin levantarse de la silla: y Vieta pasa días y noches absorto en sus consideraciones algebraicas, sin acordarse de sí propio, hasta que le arrancan de tan extraña enagenación sus parientes y amigos. La belleza de la verdad que contemplaban estos génius los hacia felices, y los obligaba á olvidarse, no solo de toda la tierra, sino tambien de sí propios.

Es muy feliz la niñez por que todo lo ignora, y es muy desgraciada la vejez por que lo sabe todo, no recuerdo bien en cual de sus obras decia Chateaubriand. ¿Es cierta semejante proposicion? De ninguna manera; tiene parte de verdad, y parte de error, defecto de que suelen adolecer las proposiciones demasiado generales. El saber no es ni puede ser lo que hace al hombre infeliz, sino las pasiones, que ni pueden satisfacerse siempre, ni contenerse siempre; y que si alguna vez se satisfacen á medias, el individuo que conoce las miserias que ambicionan, se entristece, se rebaja ante el tribunal de su razon y de su conciencia, se degrada ante la consideracion de la naturaleza en general, sufre, por que su corazon que marcha hácia el imán de la eternidad, se encuentra como extranjero fuera de su pátria, como una ave terrestre en los mares, ó como un pez en los aires. Esta, y solamente esta es la razon del diferente grado de felicidad que disfruta la niñez respecto de la vejez.

Se objetará que se han visto hombres muy alegres, interin no se dedicaron al estudio, y al dedicarse á él se han vuelto tristes. Conviengo en ello; pero aun en estos casos no se encuentra el individuo libre de las pasiones; eso por una parte, ni poseedor de la ciencia, por otra. Un jóven aplicado y de mérito se dispara un tiro hastiado de esta vida, y trata de buscar en la eternidad aquella felicidad que no encuentra en el tiempo; luego, se dirá, este hombre es más desgraciado que un ignorante. ¿Pero cuál es la causa de su desgracia? Que vé con amargo disgusto no figura tanto en el mundo literario como este ó el otro compañero; que se metió á tratar materias, que necesitan conocimiento, que él no tiene, para ser tratadas atinadamente, con cuyo motivo desfallecen sus fuerzas en camino tan espinoso; que por haberse dedicado á lecturas perniciosas ántes de dis-

tinguir el bien del mal, la verdad del error, lo bello de lo feo, se encuentra sumido en el abismo de la duda, y no le es posible hallar en ninguna parte la verdad. ¿De dónde nace pues la infelicidad de este jóven? No de la ciencia, sino de la pasion. Este es un ejemplo; y todos los casos que por el estilo de este se representan todos los días, son otros tantos ejemplos, pruebas perentorias de la exactitud que encierran mis anteriores consideraciones.

El saber pues, léjos de procurar nuestra desgracia, como pretende el notable escritor Chateaubriand, procura por mil medios diferentes nuestra verdadera felicidad. Lo que si nos entristece, lo que si nos hace padecer de continuo es el error, que, con los halagos de una elocuencia sofisticada, pretende pasar ante nuestra consideracion por una verdad incontrastable. Es verdad que la ciencia nos descubre misterios en todas partes, en la eternidad y en el firmamento, en la tierra y en la mar, en la vida y en la muerte; pero ¿acaso es ménos cierto que, conocer la existencia de todos estos misteriosos arcanos de la naturaleza, infunde en nosotros un dulce sueño de meditacion, por decirlo asi, donde descansan el corazon y la inteligencia, como en su verdadero punto de reposo? Apénas sabemos nada respecto á las inteligencias superiores al hombre, lo cual no priva que tantos y tantos esclarecidos Santos Padres y Doctores se quedasen estáticos al estudiar las maravillas de una y otra vida. No conocemos casi nada en lo que hace referencia á esos hermosos astros, que giran sobre nuestras cabezas de una manera periódica: ¡y cuánto nos entusiasma una noche estrellada! No podemos explicar de una manera satisfactoria mil y mil fenómenos que se verifican en las entrañas de la tierra, y los cuales pasan desapercibidos para el hombre ignorante: ¡y cuánto goza en observarlos el geólogo! El mar es un gran misterio, que como la eternidad encierra en su seno un inmenso número de misterios: ¡y cuánto no goza el filósofo en reflexionar sobre esas olas que se levantan airadas contra Aquilon, las cuales naciendo y muriendo imitan colinas de montañas que se precipitan en el abismo! La vida, ¿quién sabe lo que es la vida?; los hombres somos unos hondos misterios para nosotros mismos: ¡y cuanto se reprimen las pasiones al reflexionar sobre este gran misterio, de donde resultan todos los bienes consiguientes á los males que se evitan con estas reflexiones!: en fin, todo es extraordinario á los ojos del *sábio*, y por eso es grande; y por ser grande objeto de amor, elemento de felicidad.

Resulta de todo esto que el cultivo de las ciencias trae el contento á los pueblos y la alegría á los corazones, Bajo este punto de vista

pues, los Gobiernos sabios y los particulares individuos, amantes de su patria, tienen el ineludible deber, si aspiran á conseguir estos elevados fines, de proteger, cuanto esté de su parte, el cultivo de todas las ramas del saber humano. Y, como entre todas las partes en que se divide la ciencia en general, existan diferencias notables por razon de su diversa importancia: de aquí el que el impulso dado á cada parte de la ciencia, deba estar en proporcion con el interés que ella ofrezca. ¿No sería una locura proteger más el arte bello de la poesia que la ciencia de la Legislacion? Antes que cantores, Galicia, España, Europa y el Mundo entero necesitan juriconsultos, Legisladores y Magistrados: no hay que tomar jamás en cosas tan serias lo accesorio por lo principal: no seamos como los niños, que, fascinados por la música y por la irreflexiva alegría, abandonan todo lo que les es útil, en ciertas ocasiones, y se precipitan en la desgracia.

M. CARRIL Y CAMPERO

(Continuará.)

¡POBRE ELVIRA!

¡Si la viérais, tan pura y hermosa,
Tan alegre, tan dulce, tan tímida,
Derramando sus trémulos labios
Encantos y dichas!
En sus ojos dormían los ángeles,
En su boca las gracias sonrían;
Los que un dia la vieron exclaman
«¡Que bella es Elvira!»

Una noche en su lecho de virgén,
Triste, pálida, inmóvil y fria,
Abrazada á la imágen de Cristo
Durmióse tranquila;
Y en un negro ataúd la encerraron
Y las gentes que al duelo asistian,
Exhalando un suspiro exclamaban,
«Murió ¡pobre Elvira!»

Hoy las lluvias azotan su tumba,
Hoy las nieves sus huesos enfrian
Y el olvido, batiendo sus alas,
Su sueño vigila.
No le prestan su aroma las flores,
Ni sus noches la luna ilumina,
Ni un suspiro interrumpe el silencio,
¡Que sola está Elvira!

A. QUEREIZAETA.

RISA Y LLANTO.

I.

En su raudal girar divisó al llanto
La placentera risa.
—¿No me envidias le dijo, pues mi encanto
La humanidad precisa!

Donde quiera que voy siembro alegría,
Hago la vida hermosa;
Soy reina del placer y de la orgía
Y brillo poderosa.

Con anhelo me buscan los mortales,
Hallando en mi ventura;
No conozco jamás los tristes males
De la negra amargura.—

El llanto respondió—con pena escucho
Tu peregrina historia;
Si tu poder es en la tierra mucho,
¿Cuánto dura tu gloria?

No la dicha en tu imperio se eterniza
Que rápida se agota;
La senda que tu planta esteriliza,
Solo á mi influjo brota:

Es cual humo fugaz que se deshace,
Tu vano poderío;
Mas, la flor del consuelo hermosos nace
Con mi santo rocío.—

La risa replicó:—tu voz desprecio,
Pues ni sé, ni adivino,
Como pretendes en tu orgullo necio,
Eclipsar mi camino.—

—Adios, murmuró el llanto, yo deploro
Tu soñada ventura,
Tu un dia buscarás el gran tesoro,
De una lágrima pura —

II.

La risa cruza por el éter, luego,
Envuelta en ignea gasa,
Mas, al vivo contacto de su fuego,
Sin ascender se abrasa.

Como raudal que en en perlas se desborda,
Así el espacio puebla
Líquido aljófara que el celaje borda,
Blanca, flotante niebla.

Y, cual en una concha nacarada
Cruzando la azul nube,
Se vé una flor, de lagrimas formada,
Que hasta los cielos sube.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO

Lugo, 1877.